

SELECTIVIDAD JUNIO 2017 GRIEGO RESUELTO

Griego 2016-2017

**OPCIÓN A**

1-Traducción

Los otros helenos, cuando los persas fueron hacia el paso, teniendo miedo, debatieron acerca de la retirada. A los demás peloponesios les parecía bien dirigirse al Peloponeso, pero Leónidas permaneció y envió mensajero a las ciudades pidiendo que acudieran en su auxilio

2-Morfología

**ἀπαλλαγής:** genitivo singular femenino del sustantivo ἀπαλλαγή, ής

**ἔπεμψε:** 3ª persona singular del aoristo de indicativo activo del verbo πέμπω

**ἀγγέλους:** acusativo plural masculino del sustantivo ἄγγελος, ου

**κελεύοντας:** acusativo plural masculino del participio de presente activo del verbo κελεύω

3-Sintaxis

οἱ δ' ἄλλοι Ἕλληνες	ἐπειδή	οἱ Πέρσαι	ἦλθον	εἰς τὴν εἰσβολὴν	φοβούμενοι	ἐβουλεύοντο	περὶ τῆς ἀπαλλαγῆς
<i>Sujeto</i>	<i>Conj.</i>	<i>Sujeto</i>	<i>VB</i>	<i>CCL</i>	<i>Part. Conc (C.Pred)</i>	<i>VB</i>	<i>CC</i>

O.Sub Circ. Temp.

4-Etimología

Helenismo: Ἕλληνες (Ἕλλην, ηνος: griego) «Perteneiente o relacionado con el mundo griego»

Fotofobia: φοβούμενοι (φοβέω: tener miedo) «Miedo a la luz»

Ángel: ἄγγελος (ἄγγελος, ου: mensajero) «Mensajero de dios»

Política: πόλεις (πόλις, έως: ciudad) «Perteneiente o relativo a la ciudad»

5. Desarrolle uno de los dos temas siguientes:

a) La Comedia griega y su evolución. Autores más representativos. Mencione el título de tres comedias y resuma brevemente una de ellas.

El drama, en su doble forma de tragedia y comedia, surgió en Atenas en el siglo VI a. C. y, en poco más de un siglo, se definió con todos los rasgos que lo caracterizarían como género. Los dramas se componían en verso, por lo que los autores también eran considerados poetas. Las primeras representaciones teatrales, al aire libre, tuvieron lugar junto a la Acrópolis de Atenas. Desde el siglo IV a. c.. se extendieron primero por el Ática y, después, por el resto del mundo heleno.

El origen de la comedia probablemente se remonta, igual que la tragedia, a celebraciones dionisiacas en las que cantos y danzas acabaron dramatizados en honor al dios que encarnaba el vitalismo sexual y el goce desenfadado: Dioniso. Tales representaciones sirvieron para dar rienda suelta a las críticas y burlas sobre personajes contemporáneos y asuntos de la polis. Con el tiempo, en los festivales teatrales, tras cada trilogía y drama satírico de un autor trágico, se

representó una comedia que participaba en certamen aparte. Aunque muy diferentes en el tono y los temas, la tragedia y la comedia comparten elementos estructurales como el empleo del verso, el coro, la vestimenta y el uso de máscaras.

La comedia es un género vinculado a la vida política de Atenas y a su democracia. La mayor parte de los temas de las obras conservadas trata asuntos directamente relacionados con aspectos de la política del momento, de modo que, cuando al final del siglo V a. C el sistema democrático y la autonomía de las polis entra en franco declive, las características constitutivas de la comedia ática sufren una evidente transformación hacia otras formas que serían conocidas como «comedia nueva»: la burla y sátira con personajes reales da paso a una preocupación por asuntos «sociales» con personajes tipo y a un mayor interés por la verosimilitud dramática.

Al igual que ocurre con la tragedia, las conclusiones sobre la comedia se apoyan en once obras íntegras de un único autor, frente a una multitud perdida. Conocemos los nombres de algunos comediógrafos, como Quiónides, Éupolis, Magnes o Cratino, pero el autor de quien se han conservado obras enteras es Aristófanes.

En la comedia ática se pueden distinguir las siguientes partes:

El prólogo, que presenta el problema inicial del héroe cómico.

El agón, enfrentamiento retórico entre dos personajes o bandos opuestos (a veces con golpes y carreras, para aumentar la comicidad), acerca del cual el coro dará su dictamen.

La parábasis, canto coral en el que el autor se dirige directamente al público comentando su propia obra o tratando temas de actualidad.

Aristófanes (450-386 a. C) participó con 23 años en su primer certamen cómico, prácticamente en plena guerra del Peloponeso. Estas condiciones marcarían toda su obra literaria, pues si bien no había nacido en la propia Atenas, su preocupación siempre se centró en las cuestiones más candentes de la política de su ciudad. Por ejemplo, la crítica directa con que trató en Los babilonios la decisión de Cleón de someter por la fuerza a la ciudad lesbiana de Mitilene le granjeó un proceso judicial. A pesar de que siempre se le ha tildado de conservador, no cabe duda de su espíritu netamente democrático, y en los momentos candentes de la guerra contra Esparta siempre se inclinó por la paz, que incluso dio título a una de sus obras. Sin embargo, su ingenio satírico se cebó a veces con saña injusta en figuras como Eurípides, cuyas obras parodiaba con frecuencia, y en Sócrates, a quien no supo distinguir de los sofistas que tanto disgustaban al propio filósofo: la tremenda crítica a que sometió no sólo sus enseñanzas, sino su propia persona, acusándolo de ateo, favoreció, según Platón, el proceso de impiedad que culminó con su muerte.

Las obras de Aristófanes responden, a menudo, a un esquema sencillo en el que, sin embargo, brilla la imaginación del poeta: un héroe tiene un problema y decide resolverlo con un disparate humorístico; así, en Las nubes, un anciano agobiado por las deudas intenta acudir a las enseñanzas de los sofistas para aprender la habilidad de que el mal parezca bien; la

protagonista de Lisístrata convoca entre las mujeres griegas una «huelga» de relaciones sexuales para forzar a los maridos a firmar la paz; los hastiados ciudadanos de Las aves huyen de su ciudad para fundar otra en el aire, entre la tierra y los cielos. A menudo, el coro estaba compuesto por personajes insólitos que daban título a la obra y cuya entrada causaba expectación entre los asistentes por ver cómo aparecían disfrazados los coreutas: aves, ranas, avispas, nubes...

Aristófanes es, además, un hábil creador de figuras verbales, lo que dificulta su lectura en la lengua rigina. Gusta de jugar con los nombres de sus personajes (Lisístrata es "la que disuelve los ejércitos»), elaborar juegos de palabras y chistes obscenos y chocarreros, y, sobre todo, de parodiar no sólo la tragedia de su época (en particular las de Eurípides), sino textos casi fundacionales, como la Odisea o la Teogonía. La burla de su ingenio incluso alcanzaba a los dioses, que en ocasiones aparecen como estúpidos personajes muy poco edificantes.

Sus últimas obras presentan unas características que se apartan de la comedia antigua y prefiguran ya la llamada comedia media: La asamblea de mujeres y Pluto incluyen menos referencias directas a personajes de la actualidad y el coro casi ha perdido su función dramática.

Las formas y contenidos de la comedia ática sobrevivieron a Aristófanes. Sin embargo, menos de un siglo después de su muerte, las obras con que triunfaba Menandro presentaban unas características muy diferentes que conforman la llamada comedia nueva. El período de transición hasta el nuevo estilo suele denominarse comedia media, en la que destacaron Alexis y Antífanes, aunque el propio Aristófanes avanzó algunos cambios en Pluto.

Práctica desaparición de los temas políticos, sin alusiones directas a personajes públicos conocidos.

Argumentos simplistas o ingenuos, con frecuencia, con un tono marcadamente moralizador.

Disminución del papel dramático del coro, que en las obras de Menandro constituye únicamente un recurso para marcar, con su danza, la transición entre actos.

Empleo de un estilo coloquial y familiar, en detrimento de las formas poéticas anteriores.

De Menandro (342-292 a. C.), máximo representante de la comedia nueva, apenas se conservan referencias biográficas fiables. Sí es seguro que nació en una familia acomodada y son abundantes las fuentes que citan su triunfo en certámenes teatrales muy joven, cuando contaba alrededor de veinte años. Se le considera autor de más de un centenar de obras, pero aparte de fragmentos y argumentos de diecisiete obras, solo se conserva entera El misántropo (También se relacionó con el filósofo Epicuro y con el comediógrafo Alexis. Menandro llegó a verse en una situación apurada tras ser depuesto el tirano Demetrio de Falero, quien lo invitó a su refugio de Alejandría, pero nunca quiso abandonar Atenas.

De los restos de sus obras se puede inferir que Menandro es un gran creador de caracteres. En ocasiones sus personajes resultan tipos humanos que dan nombre a la comedia: El desconfiado, El supersticioso, El mentiroso, El misántropo... En la obra de Menandro, lo importante es el desarrollo psicológico de los personajes; en este sentido, a menudo el prólogo no sólo presenta los antecedentes de los hechos, sino que desvela toda la acción.

En El misántropo, la acción se desarrolla en cinco actos con una escasísima intervención del coro. El argumento de esta obra gira en torno a un viejo gruñón llamado Cnemón, que tendrá un final feliz de integración social y familiar. Cnemón, el anciano misántropo protagonista de la obra, ha sido salvado del pozo en que había caído por su hijastro Gorgias, a quien ignoraba, ayudado por Sóstrato, un joven que pretendía casarse con la hija de Cnemón.

b) La Historiografía griega: características generales. Autores principales y obras. Resume una obra histórica de Jenofonte.

Los antecesores de los historiadores clásicos escribían en prosa relatos que incluían descripciones geográficas, costumbres etnográficas, sucesiones de hechos pasados y reelaboraciones de mitos, sin distinguir lo verosímil de la tradición mitográfica. Estos autores, jonios en su mayoría, como Cadmo de Mileto o Helánico de Mitilene, eran conocidos como logógrafos y solían leer sus escritos en público, a veces en certámenes literarios.

Su método consistía en la simple acumulación de noticias de cualquier fuente.

No obstante, merece una consideración especial Hecateo de Mileto, quien no sólo estableció la medición del tiempo histórico a base de generaciones humanas (de 40 años), sino que expresó su intención de contar sólo lo que considerase digno de crédito, con lo que inició, siquiera de forma rudimentaria, la crítica de sus fuentes.

La prosa griega nace en Jonia en el siglo VI a. C. con un género nuevo: la historiografía. Sus orígenes se hallan en los relatos de viajes, en los que se narraban costumbres de países lejanos, llamados periplos («circunnavegación»), que servían de guía a navegantes y mercaderes.

Heródoto ( 490?-425 a. C.) es considerado, a partir de Cicerón, el «padre de la Historia». Nació en Halicarnaso, de donde se exilió en su juventud por la implicación de su familia en la revuelta contra el tirano Lígdamis. Tras numerosos viajes, recaló en Atenas, donde frecuentó a los intelectuales del círculo de Pericles. En esta ciudad realizó lecturas de sus investigaciones por Egipto, Persia, Palestina y las orillas del Danubio. Se trasladó con los colonos atenienses que fundaron Turio en Sicilia, donde probablemente murió.

Aunque al principio su labor se parecía a la de los logógrafos, Heródoto compuso sus Historias, divididas por los alejandrinos en nueve libros, integrando materiales diversos en una estructura organizada con la finalidad de «evitar que, con el tiempo, los hechos humanos

queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros -y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- quede sin realce».

La obra obedece al intento de explicar el enfrentamiento entre griegos y asiáticos, para lo que Heródoto se remonta incluso a la guerra de Troya. No obstante, se demora con frecuencia en extensos excursos sobre geografía, noticias históricas secundarias y multitud de anécdotas pintorescas sobre las costumbres de los pueblos.

Heródoto mantiene con sus fuentes un espíritu más crítico que sus antecesores. A menudo, su método expositivo consiste en aportar opiniones diferentes de un mismo hecho, aunque incluye consideraciones propias sobre la verosimilitud de cada perspectiva, y suele advertir de que lo que narra no lo ha presenciado él. Sin embargo, sus investigaciones obedecen a una concepción mítica y religiosa de la Historia: los dioses castigan a quien muestra una soberbia desmedida, de modo que la causa de las derrotas de personajes y pueblos es, en realidad, externa a los propios hechos.

Procedente de una familia aristocrática, Tucídides (460?-399 a. C.) fue elegido estratega en el 424 a. C., cargo con el que participó en una de las batallas de la guerra del Peloponeso. Además de información directa sobre el conflicto, su actuación le granjeó un prolongado destierro de su ciudad, a raíz del cual se retiró a las ricas posesiones familiares de Tracia, donde se dedicó a componer su obra.

La Historia de la guerra del Peloponeso presenta un auténtico análisis sobre las causas y el desarrollo interno del enfrentamiento entre griegos. Tucídides investigó sobre el terreno y recabó información de protagonistas de la guerra, pero, sobre todo, aplicó la crítica a sus fuentes, probablemente influido por el racionalismo de los sofistas. Para Tucídides, los hechos de los pueblos y los hombres están causados, a su vez, por otros hechos humanos, y esta cadena de causas y consecuencias es la que quiere investigar; de este modo, advierte que no incluirá en su obra elementos míticos, sino que buscará la verdad histórica «de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana». La obra quedó interrumpida en los hechos del año 411. Jenofonte la dio a conocer y trató de continuarla, con diferente acierto, en sus Helénicas.

A pesar de haber participado en la guerra y de resultar víctima de su propia polis, Tucídides expone con pulcra objetividad los aciertos y errores de los contendientes. No oculta su admiración por Pericles como agente del apogeo de Atenas, ni se abstiene de criticar la radicalidad de sus reformas democráticas, que considera peligrosas cuando falta una dirección sabia.

La inclusión de discursos de los personajes principales caracteriza su obra; el propio autor advierte de que en vez de la literalidad de las intervenciones trató de retratar la personalidad de cada político, de modo que quedaran claras las motivaciones de sus decisiones. En el siguiente fragmento, Tucídides expone una elogiosa valoración de Pericles:

Jenofonte (430-354 a. C.) nació en Atenas en una familia de la clase de los caballeros y, aunque fue discípulo de Sócrates, su carácter conservador y, en cierto modo, aristocrático se dejó notar tanto en su vida como en su obra. En el 401 a. C. se unió a la expedición de los 10 000 mercenarios organizada por el persa Ciro contra su hermano Artajerjes; su evolución por Asia y el regreso a Grecia bajo el mando del propio Jenofonte serían relatados por el historiador en la Anábasis durante los años de su madurez. A su regreso, tras un confuso destierro de su ciudad, estuvo al servicio de Esparta, lo cual le llevó a luchar contra la propia Atenas. En pago a sus servicios, la ciudad lacedemonia le concedió un retiro generoso, que aprovechó para componer sus escritos,

Su obra, muy amplia y variada, incluye títulos de temas diversos, como escritos didácticos (Sobre la equitación), discursos y diálogos socráticos (Apología de Sócrates, Banquete) e incluso una obra con pretensiones históricas fallidas, la Ciropedia («La educación de Ciro», que, en realidad, trata no sólo de la formación del rey persa Ciro el Grande, sino de su gobierno, con evidente intención encomiástica), considerada por algunos una especie de novela histórica, dada la acumulación de detalles imaginativos (por ejemplo, la muerte del rey en la cama, cuando realmente pereció en la guerra).

Su dedicación militar a Esparta tuvo eco en la admiración que sintió por el régimen político y social de esta ciudad. Jenofonte se alinea entre los partidarios de la organización del Estado espartano en momentos de terrible agitación para la democracia ateniense, hasta tal punto que su temprana obra La república de los lacedemonios resulta, más que una descripción de las estructuras espartanas, un absoluto elogio de las duras disposiciones de Licurgo, en las que encuentra el fundamento de la fortaleza de Esparta. y en sus Helénicas explicará la decadencia del Estado lacedemonio por el abandono de tales costumbres.

Su labor como historiador se centra, sobre todo, en el relato de su propia experiencia militar en la Anábasis y en la continuación de la historia de Grecia desde el año 411 en las Helénicas. Jenofonte se erige en continuador de Tucídides al iniciar esta obra enlazando con la Historia de la guerra del Peloponeso, cuyo final ocupa los primeros libros. Sin embargo, la obra de Jenofonte no alcanza la profundidad en el análisis de causas y consecuencias históricas de su predecesor, y suele perderse en ocasiones en la acumulación de episodios y discursos sin una clara lógica interna, salvo la sucesión cronológica. De hecho, tras la buena acogida de sus escritos durante el helenismo, hoy se le estima más como escritor, por la sencillez de su prosa, que como historiador.

La historiografía helenística cuenta con una numerosa nómina de autores, dedicados en su mayoría a obras más cercanas al memorialismo. Destaca entre ellos Polibio (200?-127 a. C) precisamente por su intento de elaborar una relación de hechos contemporáneos que, sin abandonar la propia experiencia vivida por el historiador, profundizara en el pasado en busca de las causas y sirviera de ejemplo de actuación para el futuro.

Aunque compuso otras obras menores, como un tratado de Táctica y una Vida de Filopemén, su maestro, su obra fundamental son las Historias, de cuyos 40 libros conservamos apenas un

tercio. Su propósito consiste en «conocer de qué modo y con qué tipo de gobierno fue dominado en cincuenta y tres años no completos casi todo el mundo habitado, cayendo bajo el imperio único de Roma». Para ello se basa, entre otras cosas, en el conocimiento directo de las campañas romanas, ya que, aunque nació en la ciudad arcádica de Megalópolis, se trasladó a Roma, en cuyos círculos intelectuales fue acogido, y participó incluso en la Segunda Guerra Púnica.

Polibio resulta interesante no sólo por su enfoque universal de la historia (pretende tratar las relaciones entre los pueblos del mundo conocido) y su testimonio del expansionismo romano, sino por su concepción del método histórico. Distingue entre causas de un conflicto y el pretexto con que se inicia una acción, somete a crítica sus fuentes y considera lo más importante el relato de las acciones de pueblos y hechos bélicos y políticos. Además, contribuyó a fijar el método cronológico de medir el tiempo histórico por olimpiadas, que había ayudado a desarrollar Timeo, otro historiador helenístico muy criticado por él.

Nacido en Queronea y educado en Atenas, Plutarco (45?-120 d. C.) viajó por diversas regiones del Imperio romano, donde recabó múltiples informaciones para sus obras de diverso carácter. Sin embargo, mantuvo activa su vinculación con la civilización helénica en los servicios que prestó a su ciudad como arconte y a la cercana Delfos en el culto a Apolo. Además, es probable que los emperadores Trajano y Adriano lo distinguieran con algún nombramiento imperial. Plutarco, pues, presenta la fusión de las culturas griega y latina, y eso mismo pretende poner de manifiesto en su más conocida obra.

Las Vidas paralelas constituyen un conjunto de pares de biografías históricas (se conservan 22 pares, más otras cuatro sueltas y debieron de perderse algunas más) de un personaje griego y otro romano (Pericles y Fabio Máximo, Alejandro y César, Demóstenes y Cicerón...), de cuya comparación trata de extraer alguna enseñanza, por lo general moral. La estructura es prácticamente la misma en todas: origen y linaje, aprendizaje y carácter, desarrollo de su actividad pública y muerte. No se trata, por tanto, de una labor estrictamente historiográfica, pero a Plutarco no le falta rigor al citar sus fuentes y enjuiciarlas, y desde luego su labor va más allá de la de mero refundidor de testimonios dispares. Pero destaca, sobre todo, el gusto por la anécdota para caracterizar el temperamento de un personaje y las líneas generales de su educación y su actividad pública.

Además, se ha transmitido un conjunto enorme de obras titulado Moralia, en el que se recogen escritos de los más diversos temas y tonos, que incluyen obras de divulgación filosófica, donde se nota el influjo de Platón, diálogos religiosos y morales (Problemas platónicos), especulaciones científicas (Sobre la cara de la luna), tratados pedagógicos (Sobre la educación de los hijos) y literarios (Comparación de Aristófanes y Menandro).

### OPCIÓN B

#### 1-Traducción.

Habiendo llegado Ciro a casa y tras dirigir sus plegarias a Hestia patria, Zeus patrio y los demás dioses partió para la expedición militar y su padre lo acompañaba. Cuando estaban fuera de la casa, relámpagos y truenos surgieron favorables para él.

#### 2-Morfología:

ἄλλοις: dativo plural masculino del pronombre adjetivo ἄλλος, η, ο

ὠρμάω: 3º persona singular del aoristo de indicativo medio del verbo ὠρμάω

οἰκίας: genitivo singular femenino del sustantivo οἰκία, ας

έγενοντο: 3º persona plural del aoristo de indicativo activo del verbo γίγνομαι

#### 3-Sintaxis:

<i>ἐπει</i>	<i>δ' ἔξω</i>	<i>τῆς οἰκίας</i>	<i>ἦσαν</i>	<i>ἀστραπαὶ καὶ βρονταὶ</i>	<i>αὐτῶ</i>	<i>αἰσῖαι</i>	<i>έγένοντο</i>
<i>Conj</i>		<i>CCL</i>	<i>Vb</i>	<i>Sujeto</i>		<i>CI</i>	<i>C.Pred Vb</i>

O. Sub. Circ. Temporal

#### 4-Etimología:

Teólogo: θεοῖς(θεός, ου: dios) «Persona que estudia los dioses»

Exótico: ἔξω (fuera) «Extranjero o procedente de un lugar lejano»

Economía: οἰκίας (οἰκία, ας: casa) «Administración eficaz de los bienes»

Autóctono: αὐτῶ (αὐτός, ή, ό: mismo) «Originario del mismo país donde vive»

#### 5. Desarrolle uno de los dos temas siguientes:

a) Homero y Hesíodo. Características propias y diferencias. Mencione el nombre de sus obras y describa el argumento de una de cada uno de ellos.

La literatura épica canta las hazañas (épos significa «relato, canto») de los héroes, y también de dioses, gigantes o personajes de cuentos tradicionales. El esplendor del género, como conjunto de narraciones heroicas, se corresponde en la tradición occidental con civilizaciones aristocráticas en las que han de resaltarse los valores guerreros, individualistas y de casta nobiliaria.

A diferencia de otras tradiciones literarias, como la española o la francesa, resulta imposible rastrear los orígenes de la épica griega. Las primeras manifestaciones de este género que han llegado hasta nosotros (si bien es muy probable que existieran otras anteriores que no se han conservado) son dos poemas de extraordinario valor y calidad literarias, la *Ilíada* y la *Odisea*, atribuidos a Homero (aunque algunos estudios sostienen la intervención de otros autores en su creación).



Homero fue el poeta más admirado en la cultura griega, hasta el punto de que en ninguna época posterior se cuestionó el valor de su obra. Aunque sus poemas no pueden adscribirse en absoluto a la categoría de textos litúrgicos, la celebración de las fiestas Panateneas en la Atenas del siglo V contaba con su recitado continuo por parte de rapsodas, y en la educación de los jóvenes griegos se incluía la memorización de la obra homérica. Esta veneración, seguramente, contribuyó a salvar los poemas de su fragmentación en los primeros siglos.

Es bastante plausible que, como en muchas obras épicas, la composición de estos poemas fuera el resultado de engazar diversos cantos de creación y difusión oral que los aedos cantaban como episodios autónomos ante su público. Pero tradicionalmente se atribuye a Homero el genio y la originalidad de la composición y unidad de ambas obras. Apenas existen testimonios fiables del poeta: con toda probabilidad, él mismo era un aedo que vivió y trabajó en Jonia, según se deduce del predominio del dialecto jonio en sus poemas y del conocimiento bastante preciso de la región cercana a Troya. El estudio de la lengua y las referencias de los poemas permiten datar solo de forma aproximada la composición de las obras: la *Ilíada*, hacia la mitad del siglo VIII, y la *Odisea*, cerca del fin del mismo siglo. De hecho, las notables diferencias que presentan los dos poemas en la construcción técnica, el estilo, la lengua e, incluso, la concepción del mundo han llevado a algunos estudiosos a afirmar que, en realidad, se trata de obras de autores diferentes, aunque el responsable de la última debió conocer la *Ilíada*; otros, sin embargo, argumentan que tales diferencias se pueden explicar perfectamente como el fruto de la evolución artística desde la juventud a la madurez de un único poeta, Homero. Pero ninguna de las dos posiciones resulta concluyente.

Esta poesía heroica se cantaba en versos de métrica uniforme y ritmo rápido denominados hexámetros. La regularidad métrica es fundamental en la memorización de los poemas y en su transmisión oral de generación en generación. Todos los poemas épicos presentan dos elementos en común: se componen y recitan de memoria, sin ayuda de la escritura, y se cantan con acompañamiento musical. Los poemas son, propiamente, canciones. Precisamente, la oralidad de su difusión determina uno de los rasgos más característicos del estilo épico: los poemas homéricos se hallan salpicados a lo largo de sus miles de versos de construcciones verbales que se repiten una y otra vez para facilitar su memorización. Estas fórmulas épicas suelen ser nombres y epítetos de héroes, como «divino Ulises», «Héctor, el de tremolante casco», «Aquiles, el de los de pies ligeros», etcétera.

La *Ilíada* es un gran poema épico lleno de furor guerrero. Los hechos que se narran mantienen una cronología lineal, pero con digresiones que se apartan en ocasiones del tema central: el asedio de Troya por parte de los aqueos y sus aliados.

La legendaria guerra de Troya se prolongó durante diez años de combates. Sin embargo, el genio de Homero supo concentrar la acción en unas semanas del décimo año, en torno a un episodio que proporciona cohesión a las diferentes historias que se suceden en las luchas entre héroes: «la cólera de Aquiles». La obra comienza con el agravio a Aquiles del rey Agamenón, jefe del ejército aliado contra Troya, al arrebatarle a una joven prisionera que aquel desea. La ofensa lleva a Aquiles, el mejor y más temido de los héroes, a retirarse de la guerra, junto con su ejército de mirmidones. Como consecuencia, a pesar de singulares enfrentamientos entre héroes griegos y troyanos, y de la intervención de los dioses, la ofensiva

troyana logra poner en apuros a los aliados. Ante el empuje del principal héroe troyano, Héctor, que llega a suponer una seria amenaza para las naves aqueas, Patroclo, íntimo de Aquiles, al no conseguir que este se reincorpore a la lucha, le ruega al menos que le deje sus armas para alentar a los griegos. Cuando Héctor derrota a Patroclo, Aquiles se reconcilia con Agamenón y se reincorpora a la lucha para vengar a su amigo. Tras la derrota de Héctor, la furia de Aquiles se ensaña con el cadáver del troyano, pero tras la advertencia de los dioses, acepta devolverlo a su anciano padre, el rey troyano Príamo, y la obra concluye con los funerales de Patroclo y Héctor. Al final del poema, vence la compasión por encima de la sed de venganza, lo cual expresa bien la gran visión humanista de Homero.

Las dudas acerca de la autenticidad histórica de los acontecimientos narrados en la Ilíada son muchas, aunque hay elementos que inducen a creer al menos en la veracidad de algunos de ellos. Así, por ejemplo, se sabe de la existencia de relaciones no siempre pacíficas entre la ciudad de Troya y la Grecia continental.

La Odisea es un relato de aventuras que gira en torno a la figura de Ulises (nombre latino del griego Odiseo), uno de los héroes que contribuyeron a la destrucción de Troya. Al igual que en la Ilíada, el autor centra los acontecimientos en un episodio que dará cohesión a las diferentes aventuras del héroe: el regreso a su hogar, Ítaca, y la recuperación de su reino. La estructura narrativa del poema es más compleja, por cuanto las digresiones suponen simultanear dos acciones (Ulises, por una parte, y Telémaco, su hijo, que lo busca, por otra) y un salto temporal en el que el propio Ulises pasa a ser el narrador de sus aventuras pasadas.

Al comienzo del poema, Ulises se encuentra en la isla de la ninfa Calipso, quien ha de dejarlo marchar tras decidir los dioses, a petición de Atenea, permitirle el regreso a su hogar. Pero en Ítaca, su esposa, Penélope, se encuentra asediada por pretendientes, que dan al héroe por muerto y le exigen que elija a uno de ellos como esposo, mientras consumen la hacienda de la familia. Ante esta situación, Telémaco, el hijo de ambos, decide partir en busca de noticias de su padre a los reinos de otros héroes que volvieron de Troya, como Menelao y Néstor. De regreso a su patria, Poseidón hace naufragar a Ulises, quien recalca en el país de los feacios. Allí, su rey, Alcínoo, lo acoge con hospitalidad y, al reconocer al héroe, este relata sus infortunios desde la partida de Troya: la sucesiva pérdida de su flota y sus compañeros entre tempestades; los enfrentamientos con seres monstruosos, como el cíclope, los lestrigones, las sirenas o Escila y Caribdis; la ira de Helios cuando devoran sus bueyes sagrados, o la transformación en cerdos a manos de la maga Circe. Al terminar su relato, los feacios lo obsequian generosamente y, después de un viaje milagroso, llega a Ítaca. Allí, tras el reencuentro con su hijo y su esposa, cuenta una vez más con la ayuda de Atenea para eliminar a los pretendientes y restituir su autoridad.

El tono de la Odisea es, indudablemente, menos guerrero que el de la Ilíada, de modo que la obra, más que a la exaltación de los valores aristocráticos, responde a la estructura tradicional del cuento de aventuras. Las diferencias con el poema de Troya se extienden, lógicamente, a una mayor presencia del mundo doméstico y de estratos sociales más diversos que los héroes y los dioses. Incluso la actitud de los inmortales resulta muy diferente: frente a las actuaciones bastante crueles y caprichosas de los dioses en la guerra de Troya, que en ocasiones parecían

buscar la mera diversión, en la Odisea sus intervenciones están guiadas por motivaciones más éticas y por la búsqueda de justicia.

Hesíodo nació en Ascra (Beocia) a mediados del siglo VIII a.C. Gracias a sus propios escritos conocemos algunos datos sobre su vida, como por ejemplo, que su padre fue comerciante y que tuvo algunos pleitos con su hermano Perses. Empleó en sus obras el mismo tipo de versos y el mismo lenguaje que Homero, pero su contenido es muy distinto; se distingue de él, fundamentalmente, en el fin didáctico de sus poemas. A finales del siglo VIII a. C. compuso la Teogonía y Los trabajos y los días. Durante años, se le consideró autor de otros poemas, como el Escudo de Heracles, pero dado que no existen pruebas sólidas en este sentido, nos centraremos en las dos obras citadas:

**Teogonía.** Este poema narra el origen y la genealogía de los dioses y héroes griegos, así como de los sucesos que dieron lugar al orden existente en la época. Se perciben diversas influencias orientales (babilonias, mesopotámicas, fenicias, etc.) que explican ciertas discrepancias con detalles del panteón homérico. No se trata, sin embargo, de un mero catálogo de familias de dioses, sino de un intento de explicar el orden del mundo. No obstante, dioses antropomórficos conviven con divinidades más abstractas (como la Pena), pero la teología que recoge Hesíodo (los dioses y su influencia en el mundo, y sus relaciones con el ser humano) seguirá vigente hasta la época clásica.

**Los trabajos y los días.** Se trata de un poema didáctico-moral (contiene numerosos consejos), en el que el autor explica las duras condiciones de vida de los seres humanos en la Edad de Hierro, época en la que le ha tocado vivir. Al mismo tiempo, constituye una reflexión sobre la justicia en un momento en el que se desmontan los valores de la vieja aristocracia, combinada con consejos prácticos para el trabajo en el campo y para el éxito en la vida doméstica.

Tras los grandes poemas de Homero y de Hesíodo, no disponemos de obras épicas completas hasta Apolonio. Sin embargo, se sabe que hubo un buen número de poemas épicos que desarrollaban temas homéricos (como, por ejemplo, el plan de Zeus para aliviar el exceso de población mediante la guerra de Troya) o asuntos relacionados con la obra de Hesíodo (como la Batalla de los Titanes), que seguían siendo recitados por rapsodas tal vez hasta el siglo V. Sin embargo, sólo se conservan fragmentos breves o referencias a estos poemas en otras obras.

Apolonio de Rodas (así llamado por haber vivido en esta isla durante parte de su vida) nació en Alejandría (siglo III a. C.) y llegó a ser director de la célebre biblioteca de su ciudad. Compuso un poema épico titulado Argonáutica, de unos seis mil hexámetros distribuidos en cuatro cantos. Es el único poema largo conservado de época helenística, en el cual los valores guerreros, tan importantes en las composiciones homéricas, ceden protagonismo a la empresa aventurera y al gusto por la superación de pruebas tan cercano al cuento folclórico. Además, abundan las escenas sentimentales, en contraste con la contención de sentimientos de la épica arcaica (basta recordar, por ejemplo, el reencuentro de Ulises con su hijo o con su esposa). Apolonio se inspiró en un mito muy antiguo que relataba el viaje de los navegantes de la Argo hasta la Cólquide en busca del vellocino de oro. En su poema, narra las hazañas de los héroes capitaneados por Jasón y la relación amorosa entre éste y Medea. Concluye el poema con la

llegada de los héroes a la Cólquide, donde Jasón encontrará por fin el vellocino de oro con la ayuda de Medea.

Entre las virtudes de esta obra cabe destacar la complejidad psicológica de los protagonistas, Jasón es débil, carece de heroísmo y, por momentos, se muestra impotente ante las situaciones a las que ha de enfrentarse. Medea, por su parte y de modo simultáneo, es capaz de mostrar toda la dulzura de la mujer joven que se enamora por primera vez y de ser una terrible bruja dispuesta a traicionar a su padre y a su país solo por el hombre del que se ha enamorado. Este personaje, complejo, fue el modelo en el que el poeta romano Virgilio se inspiró para crear el de Dido, la reina de Cartago, en la Eneida.

b) Principales autores del género trágico. Indique sus características más importantes y cite al menos una obra de cada uno de ellos. Resuma una tragedia cualquiera

Uno de los mayores problemas de la literatura clásica lo constituye el origen de la tragedia. La opinión más extendida afirma que el teatro tuvo su origen en el ditirambo, un tipo de composición poética en honor del dios Dioniso, cantada por un coro de sátiros liderados por un solista. Arión, en Corinto, habría sido el primero que dio nombre a uno de estos cantos corales a los que Téspis ayudó a dramatizar incluyendo un actor. El propio nombre de tragedia («canto de machos cabríos») apoyaría esta tesis.

El drama, en su doble forma de tragedia y comedia, surgió en Atenas en el siglo VI a. C. y, en poco más de un siglo, se definió con todos los rasgos que lo caracterizarían como género. Los dramas se componían en verso, por lo que los autores también eran considerados poetas. Las primeras representaciones teatrales, al aire libre, tuvieron lugar junto a la Acrópolis de Atenas. Desde el siglo IV a. c. se extendieron primero por el Ática y, después, por el resto del mundo heleno.

La tragedia no cantaba las hazañas de los héroes, como en la épica, sino sus sufrimientos. El término «trágico» aporta hoy connotaciones de acontecimientos fatídicos, desmesurados y con desenlace luctuoso; sin embargo, lo constitutivo de la tragedia ática era solo el sufrimiento intenso del héroe con el que se identificaban los espectadores. En el libro IV de la Poética, Aristóteles definía la tragedia como “la representación seria, concreta, de cierta grandeza, representada, y no narrada, por actores, con lenguaje elegante, empleando un estilo diferente para cada una de las partes, y que, por medio de la compasión y el horror, provoca el desencadenamiento liberador de los afectos”. La causa de ese sufrimiento no suele ser una «falta moral» consciente, sino un error o desconocimiento que hace que el héroe se enfrente a su destino de forma que, ante el inmerecido padecimiento del personaje, el espectador se compadezca y libere los afectos a que aludía Aristóteles: la catarsis. De hecho, muchas de las tragedias conservadas no presentan un desenlace fatal y terrible, sino que concluyen con la reconciliación entre el héroe y su destino.

La tragedia griega formaba parte de los festivales de Dioniso que se celebraban en el mes de elafebolion (el comienzo de la primavera, marzo-abril). Su contenido siempre mantenía el carácter religioso: su interés no radicaba tanto en la acción cuanto en el significado de los acontecimientos como ejemplo de la relación del ser humano con los poderes que controlaban el universo. Los autores que participaban en estos festivales debían presentar cuatro obras

(tres tragedias y un drama satírico), y competían por ganar el premio y prestigio social. Desde mediados del siglo V, comenzaron también a representarse otras obras dramáticas durante las Leneas, festivales de invierno igualmente dedicados a Dioniso que se festejaban en gamelion (enero).

Las representaciones primitivas consistían únicamente en la interpretación cantada del coro, cuyos componentes, los coreutas, entablaban un diálogo con el director del coro, el corifeo. Con posterioridad, se fueron incluyendo actores sobre los que progresivamente iría recayendo el desarrollo de la acción dramática. El coro, que siempre constituyó un elemento básico de la tragedia griega, contribuía a intensificar con sus cantos la emoción de lo representado por los actores. El vestuario consistía en una gran máscara, el quitón (prenda de lana ceñida con un cinturón), el himation (manto) y el coturno (zapato de madera con suela muy gruesa). La máscara, de origen ritual, permitía a un mismo actor (hypocrités) representar distintos personajes masculinos y femeninos, puesto que las mujeres no podían participar en las representaciones; en ocasiones, incluso, se podía pintar.

Toda tragedia constaba de las siguientes partes:

Prólogo: precedía a la entrada del coro y presentaba las circunstancias preliminares a los hechos de la obra.

Párodos: entrada del coro, con su canto inicial.

Episodios: partes que se escenificaban entre dos cantos corales completos.

Estásimos: canto que entonaba el coro.

Éxodo: canto con que se retiraba el coro.

Todas las consideraciones sobre la tragedia griega han de sustentarse en testimonios indirectos, en fragmentos y versos sueltos que impiden el conocimiento cabal de muchos autores, así como en las obras conservadas, muy pocas, en relación con su producción teatral completa, de tres autores: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Nació en Eleusis (Ática), en el año 525 a.C y desarrolló casi toda su carrera en Atenas. Participó activamente en la lucha contra los persas en Maratón y Salamina, y triunfó más de una docena de veces en los certámenes teatrales. En su madurez se trasladó a la corte de Hierón de Siracusa, en Sicilia, donde murió en el 456 a. C.

Sólo se han conservado siete de las más de noventa obras que compuso. Técnicamente, Esquilo introdujo el segundo actor en escena, aunque en sus obras el coro sigue manteniendo un papel muy importante. Es característica de su obra la agrupación de tragedias en trilogías con unidad temática: aunque cada tragedia sea una obra independiente, el asunto común dota al conjunto de unidad en el desarrollo de la historia y en el mensaje. Algunas no se pueden relacionar, sin embargo, con esta estructura, como *Los persas*, que trata del asunto histórico del enfrentamiento entre griegos y persas; en unos casos conocemos la trilogía perdida: *Los suplicantes* formaban parte de *Las Danaides* (las hijas de Dánao que asesinaron a sus respectivos maridos, lo que les granjeó un suplicio eterno); y en otros casos se conocen los títulos de otras obras de la trilogía, como *Los siete contra Tebas*, continuación de *Laya* y de

Edipo, del ciclo mítico tebano de Edipo, o Prometeo encadenado (con las pérdidas Prometeo liberado y Prometeo portador del fuego).

La Orestíada es la única trilogía que se conserva completa y con la que triunfó en el año 458 a. C. Está compuesta por Agamenón, Las Coéforas y Las Euménides. Su tema principal es la convicción de que la justicia divina preside el orden del mundo y castiga a quien se deja llevar por la ofuscación que produce la soberbia (hybris). La muerte de Agamenón a manos de su esposa Clitemnestra y su amante Egisto (como venganza por el sacrificio de Ifigenia, que su propio padre no impidió, ávido de destruir Troya) desencadena la venganza por parte del hijo de ambos, Orestes, exigida por Apolo. A su vez, la muerte de la madre desata la venganza de la Erinias, pero Apolo asume la defensa de Orestes ante un tribunal humano y civil que Atena instituye en el Areópago ateniense para juzgar delitos de sangre. Esta humanización de la justicia divina y de la clemencia de Zeus a través de sus hijos es la reflexión de Esquilo ante las tradicionales venganzas extrajudiciales.

El ateniense Sófocles (496-406 a. C.) es el autor dramático por excelencia y, tal vez, el más conocido de los trágicos griegos. Participó de forma muy activa en la administración de los asuntos de su polis e incluso ejerció de estratega; su implicación en las fiestas de adopción del culto a Asclepio le granjeó honores de héroe. Sin duda, el esplendor humanista de su querida ciudad se deja entrever en el tono de sus obras: frente a la concepción religiosa de un cosmos ordenado por Zeus en Esquilo, Sófocles no indaga en el sentido último de la voluntad divina, sino que acepta incluso el destino terrible. Las numerosas anécdotas sobre su vida y su muerte, al margen de su verosimilitud o de la imposibilidad de probarlas, deja claro el enorme afecto y aprecio que concitó entre sus conciudadanos.

Sófocles introdujo un tercer actor en la tragedia y redujo la importancia del coro como personaje dramático y, en consecuencia, la extensión de sus intervenciones. Sin embargo, aumentó el número de coreutas a quince. También abandonó la estructura trilogía de Esquilo, lo que obligó a un mayor rigor en la construcción de las tragedias, para lo cual convierte en tema central la figura de un personaje aislado. Así, se erigió en el autor trágico que mejor supo transmitir el dolor del ser humano frente a la soledad de su destino, como reflejan sus obras más importantes: Edipo rey, el hombre que se ciega por encontrar su destino, lleva a escena el trágico reconocimiento por parte del héroe de su verdadera vida: asesino de su padre y esposo de su madre, tal como vaticinó el oráculo; y su hija, Antígona, da nombre a otra obra en la que la muchacha es condenada a muerte por dar sepultura a su hermano, al violar así la orden de su tío, el rey Creonte, quien había prohibido que fuera enterrado. Antígona representa la lucha por la libertad y el enfrentamiento entre la justicia y los sentimientos. Electra muestra a otra heroína femenina de gran fortaleza; trata el mismo asunto que Las Euménides de Esquilo, pero se centra en el impulso de la venganza por parte de la hija: es Electra quien instiga a su hermano a acabar con su madre. La muerte de Clitemnestra y Egisto (que no se representa en escena) queda en el ámbito de la venganza privada, sin las implicaciones religiosas que le imprimió Esquilo.

Las concepciones de Sófocles presentan unos enfoques bien asentados desde su juventud. Así, en una de sus primeras obras, Áyax, ya encontramos la piedad humana ante la crueldad del destino ajeno: Áyax se siente perjudicado tras la muerte de Aquiles al no resultar agraciado

con sus armas, por lo que planea vengarse de Agamenón y Ulises; pero Atenea, protectora de este último, lo enloquece de modo que ataca a un rebaño de bueyes en vez de a los héroes. Al descubrir su deshonor, Áyax se suicida. En este fragmento, Atenea se burla del héroe trastornado, pero Ulises muestra una actitud diferente.

Eurípides (485-406 a. C.) es el tercer gran autor de tragedias de Atenas, con una marcada personalidad, lo que confiere a sus obras unas características muy diferenciadas. A partir de la época helenística, sus obras fueron las más divulgadas de los autores trágicos; sin embargo, sus contemporáneos no lo apreciaron mucho: solo triunfó en cuatro certámenes (además de una victoria póstuma), y las informaciones que se han transmitido de su vida parecen burlarse del autor, de forma que proceden en su mayoría de las invectivas que contra él lanzaron los autores de comedias, especialmente Aristófanes.

Aunque no se conoce ninguna dedicación específica a su polis, esto no significa que Eurípides no sintiera las preocupaciones de un buen ciudadano ante las crisis que afrontaba su ciudad. Pero su pensamiento racionalista y escéptico, sin duda influido por el de los sofistas, le hizo objeto de desprecio y de ataques por parte del partido conservador. Desde luego no puede considerarse el portavoz literario de los sofistas, pero el desapego del pueblo, e incluso una acusación de impiedad (muy grave en la Atenas del siglo V a. C.) favorecieron que se marchara al final de su vida a la corte macedonia del rey Arquélao, donde murió. Cuando la noticia de su muerte

llegó a su ciudad, Sófocles apareció de luto en los festivales teatrales e hizo actuar al coro y a los actores sin la tradicional corona, en señal de duelo por uno de los grandes autores griegos; aunque esta anécdota vuelve a engrandecer la figura del propio Sófocles. ¿Eurípides, innovador?

Algunas innovaciones técnicas de Eurípides que resultan características de sus tragedias ya se encuentran en sus predecesores: Prólogo informativo de un solo actor que introduce los antecedentes de la historia. Muchas veces es obligado, porque Eurípides trastoca la tradición del mito para satisfacer sus necesidades artísticas.

Cantos líricos del coro casi independientes de la acción de la obra. Con frecuencia emplea una retórica muy recargada que contrasta con la sencillez de muchos de los diálogos de los actores.

Empleo frecuente del deus ex machina, aparición de una divinidad mediante un artilugio - machinade la tramoya (de ahí el nombre latino de este recurso escénico) para proporcionar una solución rápida a los problemas en el último momento. Eurípides intentaba con la solución final del dios regresar al culto tradicional que había abandonado para organizar los acontecimientos a su conveniencia artística.

Lo más característico de Eurípides es el enfoque escéptico y humanista de sus obras. El sentimiento religioso de los trágicos anteriores da paso a un análisis psicológico de las pasiones y contradicciones humanas, para lo cual Eurípides manipula con soltura los mitos tradicionales, de modo que el ser humano, y no la comunidad o los dioses, pasa a ser, como en



la filosofía de Protágoras, la medida de todas las cosas. Así, por ejemplo, en Alcestris Eurípides analiza el sacrificio por amor: Admeto ha de morir según el destino, pero Alcestris se ofrece a ocupar su lugar, aun cuando el propio padre anciano de su esposo se niega al sacrificio. Pero Eurípides altera el mito: en vez de situar la escena, como la tradición, tras la boda, deja pasar el tiempo de cumplir el compromiso, de modo que la protagonista ya es madre incluso, con lo cual la fuerza de la entrega y el sufrimiento psicológico ganan en intensidad.

Por otra parte, el argumento de Medea gira en torno a la venganza de una mujer que, enloquecida y llena de rabia por la traición de su amante, Jasón, da muerte a sus propios hijos. En su interior, Medea se debate entre su sed de venganza o el amor de madre por sus dos hijos. Finalmente, decide poner en marcha su venganza: da a sus hijos unos regalos para que se los entreguen a la futura esposa de Jasón, un vestido y una corona envenenados que causarán la muerte a la princesa al probárselos. Después, para infligir aún más daño al odiado Jasón, mata a sus dos hijos. Jasón los busca desesperadamente, pero Medea aparece con sus cadáveres en un carro alado tirado por serpientes.

En Hipólito, Afrodita se queja del desdén que muestra hacia ella el joven Hipólito, más preocupado por Ártemis, diosa de la caza y la pureza. Por esta razón, decide aniquilarlo. En esta obra aparecen nuevamente los elementos fundamentales de la tragedia griega, la soberbia (hybris) y la muerte como única vía para salvar el honor.